



EL

CORREO DE LA MODA.

ALBUM DE SEÑORITAS.

Periodico de Literatura, Educacion, Música, Teatros y Modas.

Los Articulos contenidos en este número son propiedad.

SUMARIO. Educacion: La Política, por D. A. P. M.—Amor de Poeta (poesia), por don Carlos Frontaura.—El Destierro del Cid (conclusion), por don Antonio de Trueba.—Album de mis Recuerdos (continuacion), por Maria.—Viajes: De Madrid á Londres (Art. 3.º), por don A. Pirala.—Necrologia, por doña Dolores Cabrera y Heredia.—Modas.—Esplicacion del pliego de Dibujos.

EDUCACION.

La política.

Las personas bien educadas saben estar siempre en su lugar en la sociedad, como decíamos en nuestro artículo anterior, y comunican á los demas aquella libertad, aquella facilidad de trato, que hacen agradable la vida social.

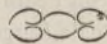
Sin exigir de una jóven, que entra en el mundo, que no conoce aun, aquel aplomo que da la experiencia y el trato de gentes, hay sin embargo algunas reglas, que pueden considerarse como principios fundamentales en esta parte tan esencial de la educacion de la mujer.

Principiando por el respeto con que debemos conformarnos á las prácticas y costumbres de cada pais, en todas partes es de muy mal tono contradecir á los demas, contrariarles, dar motivo en la conversacion para que se irriten, ó pongan de manifiesto sus malas cualidades: la buena educacion exige, por el contrario, que les facilitemos los medios de lucir sus talentos, de desplegarlos bajo el pun-

to de vista mas favorable: en todas partes es un deber de sociedad guardar á los demas la atencion y respeto que les corresponde: procurar sostener la conversacion, hacerla entretenida, animada, cuando decae: no apoderarse esclusivamente de la palabra, especialmente cuando se conoce en otro el deseo de hablar: en fin siempre parece bien en una jóven, el cuidado de hacer resaltar el talento y los conocimientos de sus compañeras, no hacer gala de los suyos para oscurecerlos, y menos aun presentar aquellos bajo un punto de vista desfavorable para lucir á sus espensas.

Estas reglas tan fáciles y tan instintivas á la modestia y al buen corazon de que naturalmente debe estar adornada una jóven, llevan en sí la recompensa. La amabilidad en el trato, el deseo de agradar, la atencion respetuosa y lisongera hácia los que la dirigen la palabra, predisponen en su favor, y hacen que no se haga alto ó disimulen algunas ligeras faltas en que puede hacerle incurrir su ignorancia de los usos del mundo, que irá aprendiendo poco á poco, segun vaya frecuentando la buena sociedad.

A. P. M.



LITERATURA.

AMOR DE POETA.

Te ví... y en el alma mía
nació el amor, niña bella,
puro cual tus pensamientos,
y grande cual tu inocencia.

Yo no te amé ambicionando
tu ambicionada belleza,
que amor como el amor mío
no vé nunca la materia.

Te amé porque en tus miradas
la del Señor se refleja....
porque en tí la virtud hallo,
la virtud en tu modestia!...

Que nunca tu calma turben
los vientos de la tormenta,
que las pasiones del mundo
furiosos desencadenan.

Que la seducción no logre
dar tortura á tu conciencia,
que no te alcance la envidia
ni la lisonja te venza.

Que cuando al cielo te llame
la ley del Señor, excelsa,
la misma muerte se asombre
de tu virtud, niña bella!

Mi amor.... pero, no! prefiero
callarlo, porque aunque sea
cual tus pensamientos puro,
temo que mi amor te ofenda.

*Así su amor hace siglos
cantaba un pobre poeta.
Quien hoy así su amor cante
no encontrará quien le crea.*

CARLOS FRONTAURA.

EL DESTIERRO DEL CID.

(Conclusion.)

VI.

El Monasterio de San Pedro de Cardena, situado á dos leguas al Este de Burgos, tenia el aspec-

to de una fortaleza en la época á que nos referimos. En un principio fué pobre y mezquino; pero reyes y señores le fueron enriqueciendo y engrandeciendo su fábrica, y en él florecieron por muchos siglos varones eminentes en saber y virtud.

Por los años de 824, es decir, poco mas de doscientos años antes del destierro del Cid, le invadieron los sarracenos, y con este motivo alcanzaron la palma del martirio su abad Estévan y doscientos monjes mas. De resultas de aquella horrible matanza, y para precaverle de nuevas invasiones, se le cercó de sólidas murallas, y fuertes y elevadas torres, que fueron desapareciendo segun fué desapareciendo el peligro. Y no en vano se tomaron aquellas precauciones: mas de una vez penetraron los moros en el corazon de Castilla y se lanzaron sobre Cardena con la esperanza de entrar á saco el opulento monasterio; pero los monjes se convirtieron de repente en soldados, y coronando los muros en actitud amenazadora, hicieron desistir de su sacrilego intento á los musulmanes.

Lain Calvo, abuelo del Cid Campeador, y uno de los jueces de Castilla, fué de los ricos-homes que mas hicieron por el engrandecimiento del monasterio. Agradecidos los monjes, y doliéndose de que tan ilustre bienhechor se alojase en la hospedería comun cuando fuese en romería á San Pedro, destinaron para él y sus sucesores un cuerpo de edificio independiente y comprendido dentro de los muros. Aquel edificio, embellecido nuevamente por los señores de Vivar, servia de morada á la familia del Cid en el momento en que éste se encaminaba á abrazarla para salir desterrado de Castilla.

Las campanas de San Pedro saludaban el alba, y los monjes congregados en el templo glorificaban al Excelso con el cántico del rey profeta: *Venite exultemus Domino.*

Jimena, la noble, la enamorada Jimena, el bello tipo de las antiguas damas de Castilla, de aquellas damas cuyo nombre invocaba el guerrero en los combates, colocándolas en su corazon á la par de su Dios y de su Rey: Jimena, el adorable tipo de la esposa y de la madre, que á la par de su Dios coloca en su corazon á su esposo y á sus hijas: Jimena, repetimos, era una débil sombra de lo que habia sido algunos meses antes. Amábanla sus parientes, amábanla los burgaleses, amábanla cuantos la veian, eran su gloria sus hijas; pero

lejos del esposo que habia sido el primer encanto de su vida, viendo á Rodrigo calumniado por aquellos que debian besar el polvo que sus piés hollasen, viéndole, en fin, condenado al destierro y á la pobreza, cuando esperaba verle tornar á sus brazos cargado de riquezas y coronado de gloria, ¿cómo no considerarse la mujer mas infeliz de la tierra? ¿cómo no derramar continuas lágrimas? ¿cómo no sentir en su corazon un profundo vacío?

La noche que terminaba, para Rodrigo habia sido por excelencia la noche de la tristeza y los dolores, y para Jimena lo habia sido tambien. ¡Señor! ¿por qué misterioso conducto se transmiten los dolores y las alegrías en los corazones ausentes y enamorados?

Jimena abandonó su triste lecho sin esperanza de hallar en el descanso, y calculando que el alba se hallaba próxima. El sueño habia sido con Sol y Elvira mas benigno que con Jimena: las inocentes niñas dormian apaciblemente abrazadas. Su madre las contempló un instante con indecible ternura, besólas en la mejilla suavemente para que no despertáran, y abrió la ventana del aposento. Los primeros resplandores del dia comenzaban á esclarecer, el estenso horizonte que desde allí se descubria por encima de los muros del monasterio, y la brisa de la mañana inundó la estancia con el perfume de los campos. Una alegría inesplicable se apoderó de repente del corazon de Jimena, una alegría tan viva como si la enamorada esposa viese en aquel instante ondear en la llanura inmediata el pendon verde del esposo.

Al pié de la ventana crecian algunos árboles, á la sazón cubiertos de flores, y tan altos y pomposos, que sus ramas llegaban á la ventana misma. Un pájaro fué á posarse en las ramas de aquellos árboles, y sin que Jimena le intimidase empezó á modular los tonos mas armónicos y alegres que pájaros han modulado. Entonces formaron coro el canto de los pájaros y el toque de las campanas, y los himnos del rey profeta.

El canto del pajarito despertó á las niñas, que no otro acento es digno de turbar el sueño de los ángeles, y Sol y Elvira permanecieron un rato con la sonrisa en los labios, escuchando aquel canto sin pronunciar una sílaba, temerosas de ahuyentar al cantor.

Jimena volvió la cara buscando alguien á quien hacer partícipe de su misteriosa alegría, y al ver

á las niñas despiertas, corrió á ellas, y estrechándolas contra su corazon les dijo:

—¡Hijas mías, roguemos á Dios que se cumplan las buenas nuevas que el corazon me anuncia!

—¡Sí, madre, sí, roguémosle que nuestro padre y Gil tornen!

Un momento despues madre é hijas acompañadas de *cinco dueñas de pró*, como dice la crónica, rogaban á Dios por la vuelta del suspirado caballero, y la voz de éste que resonó en el patio del monasterio vino á interrumpir su oracion.

Tres gritos de alegría respondieron á aquella voz, y Jimena y las niñas se precipitaron al encuentro de los recién venidos.

Hay escenas en la vida que plumas no pueden describir ni pinceles pueden pintar, que á veces Dios hace impotente el arte para humillar el orgullo del artista que presume de omnipotente ultrajando al Autor de la naturaleza. Al número de esas escenas corresponde la que ni aun nos atrevemos á bosquejar débil y groseramente. Nuestro corazon tiene facultades para sentirla, pero nuestra paleta no tiene colores para pintarla. Los primeros rayos del sol penetran en la estancia en que escribimos, y los pájaros trinan en las enredaderas que entoldan nuestra ventana. Que vengan el pintor de Urbino y el cisne de Pésaro á reproducir esos trinos y esos colores.

El sol doraba los pardos muros de San Pedro de Cardena, y aun continuaban en amorosa plática el Cid y su familia. «El abad D. Sancho, dice la crónica, habia mandado facer grad yantar al buen Campeador.» D. Sancho y los de Vivar almorzaron juntos, y poco despues recibieron el Cid y Gil la bendicion del prelado, y las caricias de Jimena y las niñas, y tomaron el camino de la Glera.

Varones y hembras salian á las ventanas y al camino á verlos pasar, y lloraban sin consuelo exclamando:

—¡Desterrado va el que en buen hora ciñó espada! ¡Oh Dios, qué buen vasallo si hobiera buen señor!

Y al dar vista á la Glera, vieron venir de hácia la puente de Arlanzon gran número de caballeros, cuyas armas brillaban como espejos, heridas por los rayos del sol. Y aquellos caballeros, como conocieran al Cid por el pendon verde, aguijaron los corceles, y poco despues se reunieron todos en el campo de la Glera.

Eran ciento quince mancebos, la flor de los caballeros burgaleses, que venían con Martín Antolinez ganosos de acompañar al Cid en su destierro.

Y aquel mismo día el Cid repartió farautes por aquellas comarcas, los que daban pregones publicando cómo el Campeador era echado de la tierra.

Y pobres y ricos, hidalgos y villanos, varones y hembras, todos vestían cendales negros en señal de duelo, y dejaban solaces y labores, y cerraban las puertas de sus casas, y en toda Castilla era tal el llanto que partía los corazones.

Por todas partes acudían peones y caballeros en pos de la enseña del Campeador abandonando familias y heredades.

Eran pasados seis días del plazo: solo quedaban tres, los necesarios para llegar á las fronteras, por cuya razón el Cid juntó toda su mesnada y se dispuso á la partida, con tanto mas motivo cuanto que el Rey le había conminado con los mayores castigos si cumplidos los nueve días era cogido en su reino.

—Varones, dijo á sus gentes, plegue á Dios que yo pueda recompensaros el haber dejado casas y heredades por seguirme. Corto es el haber que ahora tengo, mas agradeced la buena voluntad con que lo parto con vosotros, en tanto que llega el día en que mayor bien pueda haceros. La noche viene y hemos menester descanso. Así que canten gallos ensillad vuestras cabalgaduras, que hemos de ir á San Pedro de Cardena, donde el abad don Sancho nos espera. Dirános la misa, y luego cabalgaremos con ayuda de Dios y Santa María, que el fin del plazo se acerca.

La mesnada tomó el camino de Cardena poco despues de mediados gallos, y llegó allá al toque de maitines.

El abad bendijo el pendon y la mesnada del Cid. Este y Jimena oyeron misa devotamente arrodillados junto al altar, pidiendo á Dios que los volviese á reunir en este mundo.

Se acercaba el instante de la partida. El Campeador recomendó á D. Sancho su mujer y sus hijas, á las que abrazó repetidas veces sin poder reprimir las lágrimas, sucediendo lo mismo á Gil. En seguida el caballero y el mancebo cabalgaron para poner término á aquella dolorosa despedida en medio de los gritos y el llanto de todos, y la hueste se alejó del monasterio.

Al llegar á una eminencia, desde donde se descubría á Búrgos y á Cardena, «el Campeador, dice la crónica, tornó á Santa María la cara del caballo, y santiguándose con la diestra exclamó:

—¡Valedme, gloriosa Santa María! De esta honrada Castilla salgo con el llanto en los ojos. Prestadme vuestra ayuda para que torne á ella, y valed á la mi Jimena y á la mi Elvira y á la mi Sol, que yo ofrezco á vuestro altar ricas donas y mil misas que haré cantar en él.»

Diciendo así, tornó la faz á Gil, que tenía fijos sus ojos en San Pedro de Cardena. Rodrigo comprendió el pensamiento que dominaba el alma del mancebo: ambos exhalaban un doloroso suspiro aplicando el acicate á sus cabalgaduras, y caminaron silenciosamente oyendo tañer con lúgubre són las campanas de San Pedro hasta que el monasterio desapareció de su vista.

VII.

Nos propusimos narrar uno de los episodios mas dolorosos de la vida del gran héroe popular de Castilla, siguiendo paso por paso la historia, y hemos terminado, mal ó bien, nuestra tarea. No nos toca pasar mas adelante, pues todo el mundo sabe:

Que Alfonso VI recibió un día un presente compuesto de gran número de cautivos musulmanes, y de las llaves de veinte fortalezas que acababa de arrebatar á los moros Rodrigo Diaz, el desterrado;

Que una ciudad bañada por el Turia se llama Valencia del Cid, porque el Cid la conquistó;

Que las hijas del Cid casaron con reyes;

Y que un mancebo, llamado Gil Diaz, compuso la crónica del famoso caballero Rodrigo Diaz de Vivar.

ANTONIO DE TRUEBA.



ALBUM DE MIS RECUERDOS.

PÁGINA PRIMERA.

LA OFRENDA DE FLORES.

(Continuación.)

VI.

Al amanecer del día siguiente subimos á un coche el doctor, una jóven sirvienta, que llevaba el hijo de la gitana, y yo, que en medio de mi tristeza, tenía momentos de loca alegría, pensando en la dignidad de madrina, que iba á serme conferida.

En tanto que nosotros caminábamos á la parroquia, Germana contaba á mi madre su lastimera historia, la que no hace mucho me repitió á mí.

«La jóven había nacido en Triana; su gracia y hermosura cuando tenía quince años, hacía que se la apellidase *la perla de Sevilla*; hija de un viejo avaro, y sin madre desde su nacimiento, la pobre niña no conoció ni la ternura paterna ni las dulces caricias maternales.

En todo tiempo recorría cantando con su pandero las calles de la ciudad, y su padre, que siempre la seguía de cerca, recogía en un mugriento sombrero las muchas monedas que arrojaban á la graciosa gitanilla.

A los diez y seis años abandonó á Sevilla y vino á Madrid, siempre bajo la custodia del viejo Toribio, su padre: tres días despues, la vió bailar un estudiante jóven y gallardo á la puerta de un café donde él estaba, y se enamoró perdidamente de ella; pero Germana era tan honrada como bella, y su amante tuvo que llamarla esposa, sin lograr de ella el mas pequeño favor.

Pero Adolfo, que así se llamaba, era hijo de una nobilísima familia Riojana, y su furor no conoció límites al saber el loco casamiento del único heredero de sus diez apellidos; bien pronto le negaron sus padres los precisos auxilios para continuar su carrera, y lo abandonaron enteramente.

Diez meses despues de su casamiento, Germana dió á luz un niño: el viejo Toribio había muerto, y los dos esposos se encontraban sumidos en la mas terrible indigencia; pero Germana no se desanimó; al ser madre, al estrechar en sus brazos á su primer hijo, sintió aumentarse su valor, y descubrió el enérgico carácter que hasta entonces habían velado sus gracias juveniles.

No obstante lo mucho que su avaro padre la había hecho sufrir, le había amado entrañablemente, y rogó á su esposo que la alejase del suelo donde le había perdido; el enamorado Adolfo no opuso resistencia alguna á los deseos de su esposa, y ambos salieron para la capital de Cataluña.

Allí Germana se ajustó en un teatro de segundo orden como prima donna, y Adolfo se dedicó á traducir francés, dividiendo entre los dos el dulce cuidado de su hijo, que era un ángel de gracia y hermosura.

Entonces probaron la dicha, trás de tantos días de sufrimiento y de amargura: solos, y cada día mas enamorados y amantes, aquella vida de artistas, vida libre, llena de emociones y de poesía, estaba también llena de encantos para aquellos dos seres entusiastas y apasionados.

Un año contaba el niño, cuando Germana dió á luz otros dos gemelos; su parto fué seguido de una enfermedad gravísima, que apuró todos los recursos de los jóvenes esposos; pero Adolfo dió bien pronto á conocer que su valor no era menor que el de Germana, y redobló su trabajo para atender á su ya numerosa familia.

Empero la adversidad de su estrella hizo inútiles todos sus esfuerzos: tres meses contaban los dos gemelos cuando la muerte los arrebató, y esta desgracia alteró la razón de Germana, haciéndola caer en una furiosa demencia. Su esposo, enteramente dedicado á cuidarla, nada podía ganar ya, y la miseria no tardó en aparecer terrible y amenazadora.

Las privaciones y el excesivo trabajo, minaron lentamente la salud del infeliz esposo, y el día en que el médico que los asistía declaró que la dolencia de Germana iba á cesar en breve, los ojos de Adolfo se cerraron para siempre.

¡Pobre Germana! convaleciente apenas tuvo que agotar hasta las heces la copa amarga del dolor! Ella hubiera muerto sin duda, si el sér que llevaba en sus entrañas no hubiera dependido de su vida, y si de ella no hubiera necesitado también su pobre y pequeño hijo.

Una mañana lo tomó en sus brazos, y salió á pié de la ciudad en que dejaba sepultados á su esposo y á sus dos hijos: ningún designio tenía, ni siquiera sabía ella misma hácia donde iba á dirigir sus pasos. ¡Desdichada! sola en el mundo con aquel sér débil y enfermizo como ella, ¿á quién pedir amparo y pan? Sin un seno amigo donde derramar sus lágrimas, éstas caían amargas y abrasadoras gota á gota sobre su corazón.

Maquinalmente tomó el camino de Aragon, y tardó quince dias en llegar al sitio donde nos encontró á mi hermano y á mí: mas ¡ay! aquel doloroso viaje estenuó la salud quebrantada del niño, porque muchas veces les faltó hasta el amargo pan de la limosna.... ¡El pobre ángel solo esperaba dejar á su madre en suelo amigo, para remontar su vuelo á las regiones celestes!»

VII.

Aun lloraba la gitana el recuerdo de sus desgracias, cuando entré yo triunfante con José María en los brazos, que presenté á su madre cristiano ya. Germana le tomó, y le abrazó mil veces, con todo el transporte de su alma apasionada.

Un rumor de carruajes, que llegó á nuestros oídos entonces, hizo estremecer á mi madre: pocos momentos despues una larga fila de coches se estacionó delante de la puerta de la quinta: yo descorrí las persianas para mirar, movida de mi curiosidad de niña; pero me eché hácia atrás, dando un grito penetrante, no bien fijé mis ojos en el camino.

Delante de todos los coches se veía uno fúnebre, cuyos caballos estaban cubiertos con largas mantillas blancas, y lucian penachos del mismo color. ¡Era el cortejo que debía acompañar á mi pobre hermano á su última morada!

El cadáver del hijo de la gitana, encerrado en un atahud de raso blanco, como el de José, fué conducido en el mismo coche al cementerio de la ciudad próxima: sobre el atahud de José habia un ramo de azucenas y margaritas.

Siguieron al coche fúnebre todos los demas, ocupados por los amigos de mi padre.

La larga hilera de carruajes se perdió bien pronto entre el polvo del camino, y su rumor ahogó un gemido que lanzó mi madre al caer desmayada por la fuerza de su dolor.

(Se concluirá.)

MARIA.

VIAJES.

DE MADRID Á LONDRES.

(Viaje panorámico.)

III.

Tres ó cuatro dias se pasan perfectamente en Burdeos; pues á mas de agradar el lindo aspecto de

la poblacion, hay en ella cosas dignas de admirarse.

El puerto es magnífico y concurrido, y hay surtos en él centenares de buques de todo el globo. La media luna que forma, y por eso le llaman el *puerto de la luna*, ofrece un golpe de vista grandioso, siendo encantador el que presenta al viajero, que desde el soberbio puente nuevo contempla uno de los panoramas que mas hieren la imaginacion, viendo á un lado el espeso bosque de palos que forman los buques, y el paisaje que al otro costado del puente presentan los límites del Garona.

Burdeos, antes del siglo último, no pasaba de ser una de esas tantas poblaciones feas, desiguales y sucias, y puede decirse que hasta que el célebre marqués de Tourny fué de gobernador en 1743, no comenzó á ser una de las mas hermosas ciudades de la Francia. La poblacion muestra hoy su gratitud á quien tanto debe, habiendo colocado la estatua del ilustrado Tourny en la plaza de su nombre. ¡Digno galardón al que supo eternizar su memoria haciendo tanto bien! Y no solo debe Burdeos á esta época la creacion de magníficas calles y edificios; data de entonces su prosperidad comercial, aumentada por el duque de Richelieu, que continuó ademas los embellecimientos comenzados bajo la administracion de su predecesor.

Hoy ostenta Burdeos notables monumentos y edificios soberbios. El mas antiguo de aquellos es el anfiteatro llamado *palacio Galiano*, cuya fundacion es desconocida. Solo existen algunos restos como los de las *Pilliers de Tutelle*.

Los edificios religiosos son tambien notables, y algunas torres, que suelen estar separadas; pero ninguno escede ni iguala á los buenos de nuestro pais. En los civiles sobresalen la Audiencia y el Hospital, el Ayuntamiento, la Bolsa y la Aduana; pero el que mas llama la atencion es el Gran Teatro. Su exterior es magnífico, y no tiene igual en Francia, ni puede comparársele nuestro Teatro Real. Es verdad que el interior de éste es mas grandioso; pero la riqueza y el gusto con que está decorado el de Burdeos le permiten competir, sino en grandiosidad, en buen gusto y lujo, y es preciso verle para comprender su belleza y suntuosidad.

Y ya que del teatro hablo, no debo omitir la profanacion que en aquel verdadero templo sufre el arte escénico. Por desgracia fué la víctima en la ocasion que fué el *Barbero de Sevilla*, y de seguro que no le conoceria su autor si le hubiera visto: no era una ópera, era una zarzuela; pues al terminarse ciertos cantos, callaba la orquesta declamándose lo demas; esto ámen de suprimirse muchos y be-

llos trozos de música. Los trajes á la antigua española del siglo XVII, y Figaro, ¡ay qué Figaro! Era un correo de gabinete con charreteras como los cazadores de Madrid, faja de general, corbata negra con lazo, botas del siglo XVIII, y una cofia en la cabeza, cuya punta le caía hasta medio cuerpo: lo mismo que las cofias de nuestras abuelas. Al verle no pudimos menos de reírnos los españoles que allí estábamos. La ópera terminó cuando afeitándose D. Bartolo reconoce al intruso maestro de Rossini: no podía ser mas completa la degollación.

Entre los paseos, la plaza de *Quincouces* es grandiosa por su estension y su belleza. A la orilla del Garona tiene deliciosos puntos de vista; corpulentos árboles, formando calles simétricas, y un gran salon en medio. Por la parte del rio le limita una barandilla, y adornan su centro dos elevadísimas columnas coronadas con estatuas. Los demas paseos, incluso el jardín público, no pueden competir con éste. Solo le falta la concurrencia que puebla nuestro Salon del Prado.

La Torre de San Miguel, donde se conservan algunas momias, y el cementerio, son dignos tambien de visitarse; pues no se ven en éste esos estantes de muertos, que por decoro debian desaparecer de nuestros campos santos. Pero ya me ocuparé del de el Padre Lachaise en París, del que es una bella imitacion el de Burdeos.

A la derecha del Garona está la estacion del camino de hierro para París: magnífica como casi todas, y por 65 francos y 30 centimos, se va en primera clase, y en doce horas y 40 minutos, á la capital del vecino imperio.

A. PIRALA.

NECROLOGIA.

La Excm. Sr. Duquesa viuda de MEDINACELI y de SANTISTEBAN.

No es una biografía de esta señora, tan ilustre por su nacimiento como por sus virtudes, lo que nos proponemos escribir; es solo un ligero tributo á su memoria, á la cual nuestras lectoras, en cuyo corazón debe hallar un eco todo lo que sea generoso y noble, no podrán menos de conceder su respeto y consideración.

Como Brigida y Paula, esas santas de la primitiva iglesia, la duquesa de Medinaceli, humilde en

su elevada posicion, solo ha vivido para Dios y para los pobres. Con una renta anual de 170,000 rs., su mesa era mas que frugal, sus trajes mas que modestos, y no pocas veces antes de concluir el mes se veia obligada á pedir á sus hijos ó á su administrador algunos reales, de que tenia necesidad, para socorrer cualquier nuevo infortunio. No poseia una alhaja de valor, un solo *cubierto de plata*; se habia poco á poco desprendido de todo para atender con su importe á sus incesantes obras de caridad.

No contenta aun con esto, y como si no bastase á la avanzada edad de sesenta y tantos años, y apesar de su delicada salud, se levantaba todos los días á las cinco en el verano, y en el invierno antes de amanecer, á fin de emplear ese tiempo en obras piadosas. Despues de oír misa tomaba su labor, y con el ardor infatigable del que trabaja para vivir, cosía vestidos ó hacia medias para sus protegidos, ó ropas é hilas que enviaba á los hospitales.

Las jóvenes que pasan su vida en una culpable ociosidad debieran imitar su ejemplo. Dos horas diarias consagradas á un trabajo semejante las distraeria del fastidio, ese pérfido consejero de la juventud, y haria mas agradables sus placeres y diversiones, porque llevarian á ellas el recuerdo de un deber cumplido. Sí, de un deber, de un deber sagrado, porque todos los cristianos (y en especial las mujeres á quienes Dios ha dotado de mayor ternura para saber compadecer las miserias que las rodean) tienen una obligacion de ejercer la caridad; los que han nacido en una posicion medianamente acomodada, con sus limosnas; los que no, con su trabajo; los que ni aun esto puedan, con sus consejos ó sus consuelos. Para el pobre solo y abandonado, una palabra de compasion y de esperanza vale tanto como un dón.

Así lo comprendia la señora duquesa de Medinaceli, que supo unir siempre á sus limosnas esa dulzura compasiva sin la cual nada valen á los ojos de Dios, y que duplica su mérito á los del desgraciado que las recibe. Para aquella noble señora, los pobres eran la imagen visible de Jesucristo sobre la tierra, y su solicitud maternal para con ellos solo puede compararse á su modestia, que la hacia ocultar sus beneficios tan cuidadosamente como sus vicios otras.

La muerte de su hijo el joven duque de Feria, que á un claro talento unia el alma de su virtuosa madre, la de su esposa tan notable por su rara belleza como por su incomparable bondad, y la del tierno niño de ambos, acaecidas en corto espacio de tiempo, fueron para la duquesa de Medinaceli

un golpe mortal. En aquella ocasion como en otras análogas, no se desmintió su resignacion heroica á los decretos divinos, pero su salud fué declinando visiblemente. Lejos de exhalar su sentimiento en estériles gemidos, concentró en sí misma, y no buscó mas consuelos que los únicos que realmente existen para los grandes dolores.... La caridad y la oracion!

Los sucesos de la última revolucion de Julio dieron á la duquesa de Medinaceli nueva ocasion de desplegar su abnegacion y generosos sentimientos. Ocupada su casa, y tomada luego por las tropas, sintiendo vacilar sus cimientos, hundirse sus techos, desplomarse sus paredes á impulsos de los cañonazos, esta noble señora sobreponiéndose al terror, tan natural en su edad y su sexo, corria solícita de unos á otros, alentando á sus servidores, y curando á los heridos, olvidándose en fin de sí misma, para ocuparse únicamente de los demas.

Pero aquellas violentas emociones eran superiores á sus fuerzas, y la ocasionaron la enfermedad que acaba de poner fin á sus dias. En ella se mostró como siempre; llena de fervor y de esperanza al recibir los Sacramentos; de resignacion y conformidad para soportar sus dolencias.

Honra de la grandeza española, segun la llamaba con razon nuestra magnánima Reina; modelo de todas las virtudes evangélicas, la duquesa de Medinaceli ha muerto del mismo modo que habia vivido; su existencia fué como su conciencia, irreprochable y pura; su fin debia ser el de una santa!

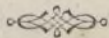
Dichosa ella!

Ha bajado al sepulcro acompañada del dolor eterno de sus hijos y de las personas que tuvieron la dicha de tratarla; del respeto y veneracion de los que *solo la conocíamos* por el renombre que la han adquirido sus virtudes; por último, de las lágrimas de tantos desgraciados á quienes su benéfica mano socorria, y que durante los dias que duró su enfermedad se agolpaban á las puertas de su palacio, para informarse de su salud, que imploraban de Dios.

Dichosa mil veces, repetimos! porque á nadie mejor que á esta ilustre señora pueden aplicarse aquellas palabras del Evangelio tan sencillas en su sublimidad: *Pasó por el mundo haciendo bien.*

DOLORES CABRERA Y HEREDIA.

Zaragoza, 1.º de Setiembre 1856.



MODAS.

Con el cambio que se ha verificado en la temperatura los trajes de Otoño serán de necesidad dentro de muy pocos dias. Las telas ligeras serán substituidas por las de seda, y los colores claros por otros mas cubiertos, y en armonia con la estacion. Los trajes de disposiciones llevan consigo los respectivos guarnecidos, pero siempre requieren por complemento los flequillos ó pasamaneria: las telas lisas admiten tambien estos adornos, pero son preferibles los de blonda negra ó de cinta de terciopelo.

El corte de los vestidos varia muy poco: continúan los cuerpos altos y cerrados, con sus correspondientes bertas ó tirantes. Los volantes siguen tambien como la guarnicion obligada de todos los trajes, y no decaerán del favor que disfrutaban hasta que la estacion próxima vaya introduciendo las ricas telas de invierno.

Entretanto nuestras lindas jóvenes no consienten en abandonar sus frescos trajes de verano: los hay de mucho gusto en fondos oscuros, que imitan en sus graciosos dibujos á las telas de seda brochadas. Su hechura tambien es encantadora: cuerpo fruncido, por lo general algunos-abiertos en forma de V muy prolongada, y bajos de hombros. Estos requieren ya por la tarde un lijero chal, ó alguna de las infinitas variaciones, como se ostentan, en manteletas ú otras confecciones á cual mas lindas.

AURORA PEREZ MIRON.

Esplicacion del pliego de Dibujos.

- Núm. 1. *Escudo con iniciales*, para pañuelo, bordado al pasado.
- Núm. 2. *Guarnicion*: bordada al pasado y feston.
- Núm. 3. *Guarnicion*: bordada al pasado con ojetes.
- Núm. 4. *Guarnicion*: bordada como la anterior.
- Núm. 5. *Entredos*: bordado al pasado y á la inglesa.
- Núm. 6. *Guarnicion*: bordada á realce.
- Núm. 7. *Tira* para enagua, bordada á la inglesa.
- Núm. 8, 9 y 10. *Nombres*, bordados al pasado.
- Núm. 11. *Escudo*: bordado á realce.